

Convicciones y verdad en Los demonios

I. Introducción

Vivimos en nuestros tiempos algunas paradojas. Trataremos de abordar una de ellas que tiene una gran actualidad. En nuestra cultura se desea respetar todas las opiniones, nada es demasiado extraño y por ello todo merece su lugar: la tolerancia, pues, es un concepto consagrado. Sin embargo, su convivencia con la verdad no es fácil. Los escritores -y alguno de ellos especialmente- tienen la capacidad de interpretar desde su arte, la realidad social en la que están inmersos. A Fedor Mijailovich Dostoievski le duele "su Rusia". Y si bien el concepto de tolerancia sería difícil de hallar en sus novelas, le es muy importante escribir sobre la verdad que busca abrirse campo en un clima enrarecido. Es en *Los demonios* donde finalmente puede abordar artísticamente su gran obsesión. Después de sopesar su palabra, le daremos paso a algunas voces contemporáneas, la del entonces cardenal Ratzinger y del papa Juan Pablo. La recurrencia a estas autoridades nos permitirá considerar nuestro problema desde una postura más amplia y reconciliadora. Estas voces nos llegan desde la teología. Aportan desde un lugar privilegiado y no hablan haciendo caso omiso de otros que no fueran cristianos o incluso desentendiéndose de los no creyentes; creyentes que hablan desde su fe pero queriendo comprender un problema universal y épocal.

II. *Los demonios* tiene un complejo nacimiento. Su prehistoria permite apreciar las ideas que se agitan en la mente de Dostoievski. A esa altura de su vida la preocupación por el destino de su país y el inquietante cariz que va haciéndose presente lo ha llevado a una ardorosa polémica con los grupos más radicales. No

es la primera vez que el nihilismo se hace presente en sus páginas pero es ciertamente en *Los demonios* donde alcanza una dimensión trágica y ciertamente social. La preocupación de Dostoievski, su misma biografía lo han llevado a tomar partido. En efecto, existe una "intelligentsia" que representa para él y para Rusia y su destino un verdadero peligro. Cierta reunión "secreta" descrita magistral e irónicamente por Dostoievski muestra los actores de la "revolución". Todos parecen comprender con una lucidez excluyente la realidad social y los caminos de progreso. Uno de estos iluminados, Shigaliiov, toma la palabra:

"He llegado a la conclusión de que todos los artífices de sistemas sociales, desde la antigüedad hasta nuestro año de 187..., no fueron sino soñadores, fabulistas, necios que se contradecían a sí mismos... Platón, Rousseau, Fourier, las columnas de aluminio, todo eso será útil, acaso, para los gorriones, no para la sociedad humana".¹ (520) Y continua: "Me he confundido con mis propios datos, y mi conclusión se contradice directamente con la idea inicial que me sirve de premisa. Partiendo de una libertad ilimitada, llego a propugnar el despotismo ilimitado. Y a pesar de eso, añado... he de añadir que **fuera de mi solución de la fórmula social no puede existir ninguna otra**". (521) Todos estos personajes provocarían risa si el objeto de su charla no fuera la muerte de sus semejantes; no son, pues, realmente importantes para el plan del siniestro Verjovenski. Éste es el hombre que posee la idea y a ella se va a consagrar cueste lo que cueste.

¹ *Los demonios*. Fedor Mijailóvich Dostoievski. Buenos Aires. 1995. Los números entre paréntesis corresponden a esa edición.

Así dice Verjovenski: "¡Todos ustedes son lo mismo! Se pasan medio año discutiendo por el sólo gusto de ejercitar la elocuencia liberal y para terminar votando con todos. Señores, reflexionen un poco: ¿están dispuestos, verdaderamente, todos? (¿Dispuestos a qué? Es una pregunta vaga, pero harto sugestiva.)" (529)

Sabemos que personas de estas características existen, pero son personajes aislados que aprovechan los malentendidos, vientos tempestuosos que avivan las ascuas y que provocan incendios. De todos modos la identificación con esta clase de personas nos resulta imposible.

IV. Una de las personas que asiste incómodo a dicha reunión es Shátov. Dostoievski se deja escuchar en ciertos personajes de un modo más cabal. No podríamos hacer una identificación crasa con ninguno de ellos, pero en ocasiones la voz de algún personaje tiene fuertes acentos de su creador. Tal es el caso de Shátov.

Shátov -quien arguye a continuación- es un hombre bueno. Días y acontecimientos turbulentos lo han llevado a cambiar radicalmente su modo de pensar. La novela lo presenta aquí apasionado, con el fervor de un neo-converso que no está en condiciones de discernir matices. "¿Sabe usted -comenzó en tono casi amenazador...-, sabe usted cuál es el único pueblo "portador de Dios" que queda sobre la tierra, llamado a renovar y a salvar el mundo en nombre de un Dios nuevo, el único pueblo al que se le ha confiado la clave de la vida y del nuevo verbo? (323)" A renglón seguido agrega: "Dios constituye la personalidad sintética de un pueblo desde su nacimiento hasta su fin... Cuando los dioses comienzan a ser comunes, ello es indicio de la destrucción de las

nacionalidades. Y cuando lo son plenamente mueren los dioses y la fe en ellos junto con los mismos pueblos. Cuanto más vigorosa es una nación, tanto más particular es su Dios. (327)" A continuación extiende este concepto hacia el plano moral: "Jamás ha existido un pueblo sin religión, o sea, sin un concepto del mal y del bien. Cada pueblo posee su noción del mal y del bien y un mal y un bien propios. Cuando muchas naciones comulgan en un mismo concepto del mal y del bien, perecen los pueblos y comienzan a desdibujarse y a desaparecer las diferencias entre el mal y el bien." Concluye: "En ningún tiempo fue capaz la razón de definir el mal y el bien o de establecer una distinción, siquiera fuese aproximada entre el uno y el otro. (328)" Recojamos algo de la cita: su fe que no es estrictamente religiosa lo coloca en un lugar de convicción absoluta. Su afirmación de que cada pueblo no debe ceder en sus convicciones lo lleva a hacer una afirmación que no deja espacio a otras "claves de la vida".

El lector no puede quedar indiferente ante la pasión de Shátov. En él existe una exaltación que conmueve, cuando no arrastra.

V. Son los mejores años de Dostoievski como escritor. Hace poco tiempo ha escrito *Crimen y Castigo* y también *El Idiota*. Son años milagrosos, como dice uno de sus biógrafos². A título personal está enfrascado en una polémica; es uno de los contendientes.³ Nosotros alejados de esa pasión y de sus motivaciones recogemos su expresión, el vigor de su denuncia y la hondura de su preocupación por la oscura crisis adveniente. Desde este lugar no podríamos considerar al autor de *Los demonios* como alguien tolerante. Hay en él una fuerte convicción y sopesa con exaltación la realidad del cuerpo social que es

² Joseph Frank. Dostoievski, Los años milagrosos 1865-1871. México. 1995.

³ "Sus años en Europa, durante los cuales su furia contra el nihilismo había llegado al rojo blanco..." op. cit. pag. 555

Rusia. En su tierra no alcanza a ver la posibilidad de dialogar; no podrían ni deberían coexistir posturas tan divergentes.

Esta postura planteada de modo tan vigoroso parece a la vez excluyente de otras posturas igualmente excluyentes que coexistían en el cuerpo social de Rusia. La violencia no tardaría en llegar como vaticinaba gráfica y trágicamente (en el incendio) Dostoievski en *Los demonios*.

No sería tan sencillo comprender el título de esta obra y aún más -la novela los endemoniados de Gerasa. "Dostoievski deseaba, con toda su alma, creer que también Rusia se curaría de ese modo; pero sabía que tales esperanzas no eran, de momento, más que una posibilidad remota, visible, si acaso, a la mirada visionaria de los vates (profetas) como Maikov y él mismo. Lo que veía a su alrededor y lo que deseaba presentar en su novela era el proceso de infección y de autodestrucción, y no el resultado final de la purificación: *Exactamente lo mismo ocurrió en nuestro país: los demonios salieron del hombre ruso y se apoderaron de una piara de cerdos... y ten en cuenta que un hombre que pierde a misma- si el lector desconociera absolutamente cierto pasaje evangélico. Dostoievski, gran lector de los evangelios, lee la realidad rusa desde el texto evangélico de su pueblo y sus raíces nacionales también pierde la fe de sus padres y su Dios. Bueno, si realmente deseas saberlo... ésta es la esencia del tema de mi novela. Se llama Los demonios, y describe cómo los demonios entraron en la piara de cerdos.*"⁴

Queda expresada la convicción de Dostoievski, cargada de polémica. Pero proclamar una verdad, ¿es acaso un modo de encubrir la intolerancia y su consecuencia casi necesaria, la violencia? Difícilmente pueda encontrarse un

⁴ Joseph Frank, Dostoievski. Los años milagrosos. 1865-1871. México. 1995. p. 461

mejor expositor, pero pensando en nuestro mundo contemporáneo parece anacrónica -y no deseada-.

Por otro lado: "El mundo era y es plural, y lo seguirá siendo cada vez más."⁵

Debemos plantear el problema del pluralismo. Éste se presentaría como un camino venturoso. En ese esquema cada grupo conserva su espacio en el que su porción de verdad es aceptada y no discutida. Así, la tolerancia se convierte en ley.⁶ Puede haber escucha, incluso comprensión pero no más que eso. En cuanto fuera objetada la postura oficial, el objetor debería buscar otro grupo en el que su objeción fuera atendida. Sin embargo, esta posibilidad tan moderna y al parecer respetuosa deja afuera la posibilidad de preguntas más radicales que cuestionaran el sistema mismo y por otro lado, abortan la posibilidad del diálogo como forma de enriquecimiento. El único camino para acceder a una verdad más compleja, más esforzada. Pero, "el simple pluralismo..., como bloques que se hallan yuxtapuestos para siempre, no puede ser la última palabra en la hora actual de la historia."⁷

VI. Exclusión o irenismo: ¿única alternativa posible?

Nos parece que la convicción de Dostoievski, inclusive alimentada por la justeza de su profecía debe ser tenida en cuenta, pero también juzgamos que hay que dar paso a otras voces actuales y también autorizadas.

Dice Von Balthasar en el comienzo de su obra *La verdad es sinfónica*:

"Evidentemente, el mundo no puede abarcar de una ojeada su propio pluralismo, porque la unidad nunca ha radicado en él, ni antes ni ahora. Pero el sentido de

⁵ Von Balthasar, Hans Urs. *La verdad es sinfónica*. Madrid. 1979. pag. 6

⁶ Cfr. Duquoc, Christian. *El único Cristo*. Maliaño (Cantabria). 2005. pag. 7

⁷ Ratzinger, Joseph. *Fe, Verdad y Tolerancia*. Salamanca. 2005. pag. 76

su pluralismo no consiste en rechazar la unidad que radica en Dios y que es comunicada por Él, sino en adherirse a la sinfonía y en ajustarse a la unidad que está por encima.”⁸ ¿Cómo encontrar unidad en ese pluralismo. Pero, al menos, ¿se podría apreciar el lugar propio en la sinfonía? Frente a estas posturas irreductibles, ¿hay alternativa posible?

Las palabras del entonces cardenal Ratzinger y las de Von Balthasar nos invitan a no conformarnos con la impotencia de no poder avanzar, ni con un irenismo simplificador.

VII. Afirmaba el entonces cardenal Ratzinger: “Es necesario el encuentro de una unidad, que transforme el pluralismo en pluralidad”.⁹

Pero no cabe la ingenuidad ante esta tarea. No se trata de aplicar una inteligente y diplomática ingeniería dialogal. Ratzinger decía (citando a Guardini) que existe una gran diferencia entre la **oposición** y la **contradicción**. Los opuestos se complementan, se necesitan. “Constituyen la riqueza de la realidad. Pero la contradicción irrumpe y sale de la armonía y la destruye. El mal no es una faceta del todo, de la que tenemos necesidad, sino que es la destrucción del ser.”¹⁰ Advertir la riqueza de la realidad reclama una apertura de la mente y del corazón. El prejuicio ante el que piensa diferente es posible pero la contradicción hace encallar el crecimiento.

El contenido de las siguientes palabras de Juan Pablo II es ciertamente teologal ya que habla del pecado contra el Espíritu, recogiendo las enseñanzas de Jesús sobre el tema. “La acción del Espíritu de la verdad, que tiende al

⁸ Von Balthasar, H.U. op. cit. pag. 6

⁹ Ratzinger. op. cit. pag. 43

¹⁰ op. cit. pag. 76

salvífico "convencer en lo referente al pecado", encuentra en el hombre que se halla en esta condición una **resistencia interior**, como una **impermeabilidad de la conciencia**, un **estado de ánimo que podría decirse consolidado** en razón de una libre decisión..."¹¹ Muy gráficas son las dos expresiones: la impermeabilidad y la consolidación del ánimo. Parecen sumamente adecuadas estas actitudes que hemos remarcado y reflejan no solamente una actitud ante la salvación ofrecida por Dios, sino ante otras realidades humanas plausibles y hasta buenas pero diferentes.

VIII. Esta oposición que parece provocar el caos, puede ser el origen de un cosmos más rico, más trabajoso, más universal. Unidad y verdad: dos palabras que suponen un gran desafío contemporáneo.

Pero ¿existe la posibilidad de una convivencia pacífica entre la afirmación de posesión de la verdad y la unidad? Y si la tarea de la unidad en el seno de la Iglesia no es una tarea sencilla, hablar de unidad cómo proyecto para todos los hombres parece estar sencillamente más allá de las posibilidades humanas.

¿Dónde buscar estas realidades, la verdad y la unidad? ¿Cuál es la fuente de donde manaría la deseada convivencia?

"El encuentro de las culturas es posible porque el hombre, en medio de todas las diferencias de su historia y de las formaciones comunitarias, es uno solo, una misma y única esencia. Ahora bien, esta única esencia "hombre" es tocada en lo profundo de su existencia por la verdad misma. Tan sólo por el hecho oculto de que nuestras almas estén tocadas por la verdad se explica la

¹¹ op. cit. pag. 47

fundamental apertura mutua de todos, así como también las concordancias esenciales que existen entre las culturas más alejadas".¹² Y agrega:

"El medio que las lleve (a las culturas) a encontrarse mutuamente no puede ser más que la verdad común sobre el hombre, en la cual está siempre en juego la verdad sobre Dios y sobre la realidad en su conjunto."¹³

Decía Juan Pablo II en la introducción de *Fides et Ratio*: "El hombre tiene muchos medios para progresar en el conocimiento de la verdad de modo que pueda hacer más humana la propia existencia. Entre éstas se destaca la filosofía, que contribuye directamente a formular la pregunta sobre el sentido de la vida y a trazar la respuesta: ésta, en efecto, se configura como una de las tareas más nobles de la humanidad... Interrogarse sobre el porqué de las cosas es inherente a su razón..."¹⁴ Una mirada no ideologizada -racional, pues- le permitiría al hombre ser consciente del mal que causaría obrar según su propia convicción, pero que de modo manifiesto perjudica al otro en sus derechos esenciales. Esa consideración racional, cuidadosa, abriría las puertas de un diálogo fecundo.

IX. Conclusión

En el comienzo de nuestro recorrido nos dejamos seducir por la fuerza de la palabra de Dostoievski que llevado de su preocupación por la salud del cuerpo social de su país, denuncia genialmente la presencia de "demonios". La fuerza de sus palabras nos llaman a recordar que un diálogo verdadero debería superar obstáculos considerables. La claridad de su propuesta nos dejó con la

¹² op. cit. pag. 79

¹³ op. cit. pag. 60

¹⁴ Juan Pablo II. *Fides et Ratio*. Buenos Aires. 2005. N° 3

sensación de que su palabra debía ser equilibrada con otras consideraciones que nos permitieran no sólo quedarnos con su postura, sino adquirir una visión más serena y abarcativa. Fue la palabra de la teología la que presentamos buscando luz. Confirmábamos allí la existencia de nuestros prejuicios y de una torpeza para avanzar en un diálogo que esclarezca. También recordábamos las razones para crecer en comprensión fundamentados en nuestra propia naturaleza como punto de partida insoslayable.

Así el creyente esperanzado invocará al Espíritu, que desarmará sus "endebles argumentos que creía llenos de verdad" de modo que pueda "examinar todo para quedarse con lo bueno"¹⁵. Ese Espíritu que es como el Viento invisible¹⁶ irá promoviendo comuniones inimaginables, no siempre estables, trabajosas, aleccionadoras que lo irán llevando a las playas de Pentecostés.

¹⁵ cfr. 1 Ts. 5,21

¹⁶ cfr. Jn. 3,8